La filiación divina y la Cuaresma

San Josemaría aconseja acercarse a la Cruz de Cristo desde la perspectiva de un hijo de Dios.

03/04/2006

¡Qué capacidad tan extraña tiene el hombre para olvidarse de las cosas más maravillosas, para acostumbrarse al misterio! Consideremos de nuevo, en esta Cuaresma, que el cristiano no puede ser superficial. Estando plenamente metido en su trabajo ordinario, entre

los demás hombres, sus iguales, atareado, ocupado, en tensión, el cristiano ha de estar al mismo tiempo metido totalmente en Dios, porque es hijo de Dios.

La filiación divina es una verdad gozosa, un misterio consolador. La filiación divina llena toda nuestra vida espiritual, porque nos enseña a tratar, a conocer, a amar a nuestro Padre del Cielo, y así colma de esperanza nuestra lucha interior, y nos da la sencillez confiada de los hijos pequeños. Más aún: precisamente porque somos hijos de Dios, esa realidad nos lleva también a contemplar con amor y con admiración todas las cosas que han salido de las manos de Dios Padre Creador. Y de este modo somos contemplativos en medio del mundo, amando al mundo.

En la Cuaresma la liturgia tiene presentes las consecuencias del

pecado de Adán en la vida del hombre. Adán no quiso ser un buen hijo de Dios, y se rebeló. Pero se oye también, continuamente, el eco de ese *felix culpa* –culpa feliz, dichosa– que la Iglesia entera cantará, llena de alegría, en la vigilia del Domingo de Resurrección (Pregón pascual.).

Dios Padre, llegada la plenitud de los tiempos, envió al mundo a su Hijo Unigénito, para restableciera la paz; para que, redimiendo al hombre del pecado, *adoptionem filiorum reciperemus* (Gal IV, 5.), fuéramos constituidos hijos de Dios, liberados del yugo del pecado, hechos capaces de participar en la intimidad divina de la Trinidad. Y así se ha hecho posible a este hombre nuevo, a este nuevo injerto de los hijos de Dios (Cfr. Rom VI, 4–5.), liberar a la creación entera del desorden, restaurando todas las cosas en Cristo (Cfr. Eph I, 5–10.), que los ha reconciliado con Dios (Cfr. Col I, 20.).

Tiempo de penitencia, pues. Pero, como hemos visto, no es una tarea negativa. La Cuaresma ha de vivirse con el espíritu de filiación, que Cristo nos ha comunicado y que late en nuestra alma (Cfr. Gal IV, 6.). El Señor nos llama para que nos acerquemos a El deseando ser como El: *sed imitadores de Dios, como hijos suyos muy queridos* (Eph V, 1.), colaborando humildemente, pero fervorosamente, en el divino propósito de unir lo que está roto, de salvar lo que está perdido, de ordenar lo que ha desordenado el hombre pecador, de llevar a su fin lo que se descamina, de restablecer la divina concordia de todo lo creado.

Texto extraído de la homilía “La conversión de los hijos de Dios", publicada en “Es Cristo que pasa". La versión en audio completa puede encontrarse a la venta editada por Edibesa.

pdf | Documento generado automáticamente desde https://opusdei.org/es-es/article/la-filiacion-divina-y-la-cuaresma/ (10/12/2025)